

Los primeros navegantes
y otros fascículos de la historia universal

JOSÉ ARDILLO

Colección Anarres, 2

Imagen de cubierta: *El hombre y la máquina, Marinus Johannes Hack, circa 1913 - Rijksmuseum*

Primera edición: *Octubre 2018*

Título: *Los primeros navegantes y otros fascículos de la historia universal*

Autor: *José Ardillo*

Diseño de la colección: *Miguel Sánchez Lindo*

Maquetación: *Andrés Devesa*

Corrección ortotipográfica: *Salvador Cobo*

Impreso por: *Kadmos*

ISBN: *978-84-947647-4-5*

Depósito legal: *M-32288-2018*

Para pedidos e insultos: *revistaculdesac@gmail.com*

Se puede reproducir este libro tranquilamente

Índice

Prefacio del autor	9
Los primeros navegantes	11
Los fabricantes del mundo	17
Acerca de los campos de exterminio	21
De cómo se inició la revolución.....	27
La noche en el teatro	35
El entierro del inventor	43
Los orígenes de la instrucción pública	53
Los medidores	59
La ejecución del payaso	67
Parado en la alta alambrada.....	77
Los contrasiempres	87
Talleres y fábricas	97
Abismo, abismo, abismo.....	111
Los príncipes del suelo.....	123
La máquina de oro del tiempo	133



Los primeros navegantes
y otros fascículos de la historia universal



Prefacio del autor

Me permitirá el lector evocar un recuerdo personal. Era para mí el último año en el instituto Conde de Orgaz, en el barrio de Esperanza de Madrid, cuando mi profesor de Filosofía me reprochaba, a la vista de mi respuesta en el examen, el haber gastado demasiada tinta explicando el itinerario de las almas a través de la llanura del Leteo, el cruce del río Ameles, el río del olvido, y haber descuidado los aspectos más formales de la teoría del conocimiento de Platón. Tenía razón, pero aquellos cuentos inventados o reciclados por el gran filósofo griego, así como su insuperable fábula sobre la caverna, eran los pocos momentos de verdadero gozo que nos ofrecían las áridas páginas del pensamiento occidental. Años después, cuando hacía estudios de Filosofía, buscaba en vano estos cuentos que me permitieran, como piedras en el río, cruzar los espacios pantanosos del conocimiento *puro*. Al final me cansé del asunto. Es verdad que Nietzsche intentaba recrear esta tradición de la fábula; me gustaba aquel texto que había escrito sobre la verdad y la mentira y que comenzaba diciendo: «En un apartado rincón del universo

donde brillan innumerables sistemas solares...»; pero para entonces yo ya había perdido la paciencia. Desesperado de aquellos cielos especulativos e inalcanzables, me puse a confeccionar mi propia versión fabulada del origen del conocimiento, de la religión, de la ciencia, de la industria, de las ideas utópicas, etc. Esto fue dando lugar a estos *fascículos* que hoy pueden ser leídos como una burla pero que yo entonces me tomaba muy en serio. Hoy los presentamos aquí, gracias a la generosidad de los responsables de Ediciones El Salmón. Con ellos estoy en deuda por rescatar del olvido este librito que terminé de componer en 1999 y que envié entonces, sin obtener respuesta, a varias editoriales. De la *plquette* original había excluido en su momento, no sé por qué, el fascículo sobre la edad de oro. Ahora he decidido reintegrarlo.

Tengo que reconocer que, leídos con el paso del tiempo, estos cuentos algo deben a otros como *La muralla china* de Kafka, *El holocausto de la tierra* de Hawthorne, *Del rigor en la ciencia* de Borges o *El terror final* de Marcel Schwob. Fue Miguel P. Corrales uno de los primeros en leer estos cuentecillos, y de hecho publicó el primero, *Los primeros navegantes*, en Tenerife, allá por 1995 ó 1996, y después publicaría otros. Es por ello que, en toda justicia, este libro le está hoy dedicado.

La máquina de oro del tiempo

I

Desde el principio al fin la búsqueda de oro condicionó los derroteros de la Historia. Sin embargo, también desde el principio se pensó que esta búsqueda sólo señalaba un imposible o una condena, ya que el oro no era lo que debía encontrarse sino más exactamente lo que nunca debiera haberse perdido.

En un principio se pensó que una raza de hombres de oro había habitado la Tierra en una edad primigenia. Los aedos, o poetas, proclamaban con lamentos la extinción de los hombres de oro.

—Escuchadme, pues lo que voy a contaros os atañe de cierto. En otra época, al principio de los tiempos, hubo una raza de hombres de oro que vivían felices y despreocupados del futuro. Desayunaban al lado de los dioses y vivían como si nunca fueran a morir: sólo un dulce sueño segaba sus vidas y esto era todo. Sus días se parecían a una fiesta continua donde nada faltaba y donde todo era holganza y armonía. Pero, ¡ay! —continuaba

el poeta—. ¿Adónde se marchó esta estirpe de afortunado sino? ¿Adónde se fueron los hombres de oro para que una masa sufriende, nosotros, les hayamos sucedido sin haber heredado sus dones? ¿Por qué tenemos nosotros que soportar estas vidas dolientes sin recompensa alguna?

Pero engañado por las enigmáticas metáforas del poeta los hombres pensaron que el metal amarillento les devolvería a los tiempos de la estirpe gloriosa.

Pronto se reunieron en tumultuosa asamblea para decidir qué se podía hacer al respecto.

—¿Habéis oído al Poeta? Si lo que dice es cierto deberíamos buscar a esos hombres de oro para unirnos a ellos. Les preguntaremos acerca de su secreto y ellos nos dirán por qué son los favoritos de los dioses.

—¡Sí! —aclamaron todos.

Pero entonces surgió la duda: ¿Por dónde empezar?

—Sí, eso es, ¿dónde buscaremos a los hombres de oro?

—Amigos, amigos, no perdamos de vista nuestros objetivos. Sabéis mejor que yo que a veces sobre la tierra y en las cuencas de los ríos se descubren restos de oro de estos hombres maravillosos... Esto me hace pensar que la raza de hombres de oro debe habitar el subsuelo, e incluso el mismo centro de la tierra. Busquemos nuestras mejores herramientas y perforemos el suelo en busca de los hombres de oro.

—¡Eso está hecho! —contestaron todos resueltos y emocionados.

Pronto se iniciaron las excavaciones, pero aquellos que debían guiarlas y que, por tanto, se adelantaban a los demás, eran los que primero morían y con ellos se llevaban la memoria de los hombres de oro. Las palabras del poeta se transformaban y tergiversaban en boca de sus seguidores. A veces las metáforas

adquirían la presencia física del metal, otras veces el oro se asociaba a una edad sumergida y maravillosa cuyos restos simbólicos eran el oro.

Las excavaciones, en cualquier caso, fueron numerosísimas y muy trabajosas. Se emplearon muchos hombres y esclavos. Las profundas galerías atravesaban las montañas formando una red de túneles que los hombres recorrían buscando algo que nunca debiera haberse perdido.

Mientras nada encontraban subían, sin embargo, a la superficie de la tierra, notables cantidades de oro mezcladas en la veta de las rocas.

La edad de los hombres de oro podía ser una quimera, pero no lo era aquel metal maleable y resistente a la erosión.

Aquel metal inservible se acumuló en grandes cantidades y provocó guerras, destronamientos y grandes desplazamientos geográficos. Despertó la ambición y saturó las pasiones. Los hombres quizá no conocieran una edad de oro, pero sí conocerían al menos una de edad de oro de su búsqueda.

—Nunca seremos dignos de ser inmortales —se lamentaban algunos—. Buscando la edad de los hombres de oro hemos inaugurado una edad de oscuridad, contraria a la anunciada por los Poetas. ¿Qué hacer ahora que sólo queda la ambición por la ambición cuyo símbolo es ese metal envenenado que llamamos oro? Los que nos guiaban han muerto y puede que, de cualquier manera, nos guiaran ciegamente hacia un imposible. ¿Cómo combatir la ambición por el oro cuando es esa misma ambición lo único que le queda al hombre para respetarse a sí mismo y decir que reina sobre algo?

Estas palabras, sin embargo, fueron escuchadas por muchos que, desengañados, se habían puesto a la búsqueda del oro por otros medios.

Estos hombres dispersos, *reyes invisibles*, hacía ya mucho tiempo que habían aprendido a jugar con el significado del oro y lo buscaban no tanto en el interior de la tierra como en el interior de sí mismos.

—Encontraremos el oro, vaya si lo encontraremos. De hecho, ya lo hemos encontrado. De hecho, nunca lo hemos tenido por perdido —decían estos hombres.

Y los que todo lo ignoraban sobre esta búsqueda interrogaban a estos hombres reservados y perseverantes para que les revelaran su secreto.

—¿Por qué os creéis superiores o mejores que nosotros cuando al fin y al cabo buscáis como todos arrancarle a la Naturaleza el reino de los hombres de oro?

Y estos reyes invisibles contestaron sonriendo:

—No os engañéis, hombres vulgares, habéis sido conducidos a la miseria por las quimeras de vuestros poetas. Pagad por ello. Habéis buscado el oro en las minas y en los desiertos. Pero cada vez estáis más lejos de la raza de hombres de oro y vosotros mismos no sois más que hombres de una edad de hierro donde os esclavizáis con saña. Nos odiáis y nos envidiáis porque a vuestros ojos aparecemos como reyes aunque habitamos lugares humildes y vivimos con sobriedad. Pero sabed que nosotros trabajamos sobre la materia del más noble metal: el tiempo. Sabed también que buscamos el oro pero nuestro oro no es el vuestro. En nuestros laboratorios ocultos imitamos el tiempo lento de la naturaleza para extraer lo más digno de nuestra laboriosa obra. Para nosotros materia y espíritu la misma cosa es. Sabedlo: en los secretos de la obra encontramos el oro que vosotros nunca podréis alcanzar. Nos elevamos por encima del vulgo con nuestra sabiduría y nos acercamos más a la vida de los hombres espirituales y a la morada de Dios. El oro es nuestra búsqueda y

nuestra búsqueda es el oro. Nosotros inauguramos una nueva edad espiritual para el hombre. En la morada filosófal.

Y así hablaron estos sabios reservados cuya meta era la transformación del espíritu por obra de la transformación de la materia. Para al final curar todos los metales y reinstaurar la edad de oro como edad del reino espiritual.

II

Pero esta ciencia insospechada no convenció a muchos que, impacientes, seguían soñando con un aquí y ahora de la edad de los hombres de oro. Agotados por la búsqueda, mermados por la vejez y la enfermedad, especuladores en cualquier caso infatigables, proyectaron su última tentativa.

—Amigos, mis viejos amigos, los alquimistas nos confunden con sus oscuras metáforas aún más de cuanto lo hicieron nuestros ancianos rapsodas y poetas. ¿Por qué se empeñan en utilizar un lenguaje tan extravagante? Pero yo os digo una cosa: hemos errado al buscar la edad de oro en los frutos del subsuelo terrestre. Esto nos ha conducido a hacernos más fuertes en la desgracia porque hemos promovido la ambición, el robo, las agresiones y la usura. La edad de los hombres de oro no puede por tanto habernos precedido pues su sabiduría está, a mi juicio, por llegar: hemos interpretado mal a nuestro Poeta. De hecho yo sostengo que la edad de oro no puede estar sino al final de este tiempo de oscuridad: en el Futuro.

En aquel punto todos guardaron silencio, pues si bien comprendían la verdad de las palabras de su compañero también veían ahora como más inalcanzable la edad de los hombres de oro.

—Pero, ¿dónde está eso que llamas Futuro? ¿Y cómo se puede llegar hasta allí?

La pregunta que todos tenían en mente había sido formulada. Poco quedaba, pues, por añadir.

—Tranquilos, compañeros —volvió a hablar el que ya había hablado—. Sabed que he pensado en todos estos problemas con detenimiento y creo haber encontrado la solución. Como veis, la edad de los hombres de oro se aloja en el Futuro. Ahora bien, el Futuro, podéis verlo, es inalcanzable de forma inmediata a no ser que...

—A no ser que... —corearon algunos.

—A no ser que construyamos una Máquina Utópica.

—¿Cómo? —preguntaron todos cogidos por sorpresa—. Apostamos a que no te atreves a repetir algo tan audaz e incomprensible.

—Calma, calma —dijo aquel que parecía saberlo todo—, yo os lo explicaré. Usando una metáfora trivial os diré que una Máquina Utópica es una especie de caballo de Troya que se instala a las puertas del Futuro para que esto nos franquee el paso sin tener que asediarlo interminablemente.

Entonces las protestas se elevaron.

—¡Esta sí que es buena! —decían—. Ahora eres tú el que utiliza las confusas metáforas del poeta y del alquimista.

Aquel hombre brillante, que se iba acostumbrando a su papel de guía, sonrió benevolente y les explicó:

—Escuchadme, y excusad si mi lenguaje se complace a veces en la forma más bella y más caprichosa. Atended: se trata de construir una Máquina Utópica y de embarcarnos en ella para llegar al Futuro cuanto antes y poder así disfrutar de la edad de los hombres de oro. El mecanismo es muy sencillo. Bastará con que nuestra máquina sea lo suficientemente poderosa para que pueda arrastrar el presente y llevarlo hasta el Futuro. He tomado la iniciativa de diseñar los planos de dicha máquina, así que creo que deberíamos ponernos manos a la obra cuanto antes.

El entusiasmo entonces no conoció límites.

Todos se pusieron a trabajar febrilmente. Se trajeron materias primas suficientes y herramientas muy perfeccionadas. Mientras tanto, se trabajaba entonando cantos dedicados al Futuro, compuestos para la ocasión.

Pronto la gigantesca máquina estuvo construida. Estaba dotada de ruedas del tamaño del edificio de la Bolsa y en su interior se ordenaban y distribuían miles de compartimentos donde los hombres hacían vida normal mientras esperaban el relevo para trabajar en las calderas de la gran máquina.

Era impensable que aquel imponente artefacto pudiera moverse, ya que más que una máquina parecía una ciudad completamente inmóvil. Los hombres habían traído con ellos a sus familias y los niños correteaban por el interior de aquella construcción como por un laberinto de ilusión.

Todo parecía dispuesto. Se ataron flejes de acero a los bordes del presente y la Máquina Utópica se puso en marcha. Al principio parecía que el artefacto nunca se arrancaría de aquel sitio, pero no fue así. Pronto las calderas subieron de temperatura y la Máquina Utópica se lanzó a una carrera vertiginosa mientras tiraba impetuosamente del presente. El entusiasmo de los hombres en las calderas no conocía barreras.

—Amigos, compañeros. ¡El Futuro está cerca! ¡Pronto llegaremos a la edad de los hombres de oro!

Pero pasó cierto tiempo y el Futuro no parecía más cercano. El desaliento empezaba a cundir.

Los hombres se turnaban en las calderas, ahora sin ningún entusiasmo. Sólo una rutina mecánica los animaba, mientras entonaban sin emoción alguna los cantos al Futuro.

La Máquina Utópica seguía avanzando pero, ¿hacia dónde? El presente se deslizaba dócil a su espalda, indiferente a su destino.

Muchos hombres voluntariosos iban muriendo agotados por el trabajo y sus hijos les reemplazaban en su labor. La segunda generación fue también reemplazada a su vez por una tercera y así sucesivamente. Generación tras generación, las calderas de la Máquina Utópica iba tragándose a los hombres que buscaban la edad de la raza de oro.

Un buen día, la Máquina Utópica se detuvo con un monstruoso estruendo. Los relevos no habían sido respetados. Sencillamente, los hombres no se habían levantado aquella mañana para trabajar. Muchos se habían quedado distraídos o permanecían ajenos mientras por los altavoces sonaban los cantos dedicados al Futuro que ya no les decían nada.

Hubo un silencio propio de una tumba. Tímidamente, algunos de aquellos hombres y sus familias empezaron a brotar de la Máquina Utópica y salieron al exterior, que les era irreconocible.

Al fin alguien se decidió a hablar por todos.

—Queridos amigos, compañeros de este viaje asombroso, no sé cómo deciros que me alegra que esta máquina se haya detenido. Mucho me temo que los que nos precedieron iniciaron una empresa imposible. Tras tanto tiempo de marchar hacia el Futuro, éste sigue pareciendo tan lejano como al principio, y la edad de los hombres de oro no parece tampoco más alcanzable. Por otra parte, ¿cómo sabremos nunca si habríamos recorrido el mismo trecho prescindiendo de esta Máquina inútil? Ha pasado el tiempo y no hemos adelantado en nada. ¿Habríamos llegado aquí más tarde sin la ayuda de la Máquina? Mucho me temo que nunca podremos responder a estas preguntas.

Entonces alguien intervino:

—Al menos hemos traído con nosotros el presente, que aún permanece sólidamente amarrado a nuestra Máquina.

—Sí, pero miremos en qué estado está —respondió el que había hablado primero—. Se resquebraja por todas partes, faltan pedazos, se hunde. ¿Qué presente es este? ¿Quién puede reconocerse en él? Será mejor que nos libremos de él cuanto antes. Y si alguna vez alguien vuelve a hablaros de la edad de la raza de los hombres de oro, decidle que nosotros nos perdimos buscándola.

Algunos hombres cortaron los flejes y el presente se derrumbó como un muro de polvo, dejando tras de sí una vasta extensión desierta.

En ese momento la mayoría de los hombres y sus familias se dispersaron intentando olvidar lo que les había unido durante tanto tiempo. Algunos otros se quedaron habitando en el interior de la Máquina, ahora parada, porque tampoco tenían ningún lugar adonde ir.